

Vivian Forester

*El horror económico**

En principio es necesario decir que el libro comentando aborda un tema demasiado denso para ser tratado por una autora cuya profesión es la de novelista y crítica literaria. Habla de economía sin sustentar sus reflexiones de manera técnica, cualquier economista como a los que está haciendo alusión –Baker o Reich– tendrían fuertes críticas a la forma en la que aborda los temas que trata, como son: el desempleo, la marginación, la desigualdad en la distribución del ingreso, etcétera. Sin embargo, ella misma no está dispuesta a interpelar a los economistas ni a presentar técnicamente sus argumentos. La autora únicamente tiene por objetivo sensibilizar al público para que reflexione sobre una serie de problemas que se han ido generando a raíz de la aplicación de políticas económicas de corte ortodoxo, es decir, políticas de reducción del gasto público, de políticas monetarias no inflacionarias, etcétera.

Con el tipo de argumentos que presenta y el lenguaje que utiliza se corre el riesgo de que al lector le parezca demasiado cruel, y en una situación extrema sus comentarios pueden parecernos brutales; sin embargo, su reflexión es de una enorme lucidez, lo que le permite ser franca en sus apreciaciones aunque las verdades que ella expresa pueden resultar demasiado agresivas para algunos oídos. Quizá ésa sea la razón por la cual este libro ha tenido tanto éxito, sobre todo si consideramos que el libro apareció por primera vez en español en abril de 1997 y desde entonces se han hecho un total de nueve reimpressiones, es decir, para septiembre del mismo año se

reimprimió por novena vez con un tiraje de 7 000 ejemplares; definitivamente es un libro muy exitoso.

A pesar del lenguaje descarnado que utiliza y de las incómodas verdades que presenta, las reflexiones que ofrece al lector resultan muy útiles puesto que evidencian los problemas más apremiantes por los que atraviesa la sociedad francesa y, además, ofrece algunas enseñanzas para los países que, como México, enfrentarán, en el largo plazo, problemas similares.

La autora afirma que en «la sociedad occidental el trabajo sigue vinculado con la era industrial y el capitalismo de orden inmobiliario. En esa época el capital presentaba garantías evidentes: fábricas sólidas... Se sabía quiénes eran los dirigentes y dónde estaban, quién se beneficiaba con las ganancias. El jefe solía ser sólo un hombre más o menos poderoso. Bastaba la mirada para evaluar la importancia de la empresa, se sabía dónde se realizaba el trabajo y también dónde se reproducían tanto la "condición obrera" como las dichosas "creaciones de riquezas" entonces llamadas "ganancias". La empresa era una razón social con funciones conocidas, incluso certificadas. Esto sucedía en nuestras geografías con ritmos que nos eran conocidos, aunque fueran excesivos. Y se enunciaba en nuestros idiomas, en nuestra lengua. Vivíamos un reparto de papeles a veces desastroso, pero todos éramos personajes de la misma novela».¹

Continúa diciendo: «De alguna manera ha desaparecido ese mundo en que los lugares de la producción se fusionaban con los de la economía, en que el trabajo de gran número de ejecutores era indispensable para los que tomaban las decisiones,»² de pronto aparecen las empresas flexibles mismas que con un número pequeño de empleados y algunas computadoras manejan de principio a fin el proceso de producción de servicios. Ya las empresas no se preocupan de generar bienes

* Vivian Forester, *El horror económico*, Argentina, FCE, 1997.

¹ *Ibid.*, p. 9.

² *Ibid.*, p. 28.

o satisfactores físicos, los bienes que producen ahora en nueva fase de evolución de la sociedad capitalista son servicios financieros, de información, etcétera. «El mundo entero está experimentando una transición hacia la proliferación de las multinacionales, las transnacionales, el liberalismo absoluto, la globalización, la mundialización, la desregulación, la virtualidad».³ En pocas palabras la expresión de *aldea global* es cada vez más una realidad.

Nos describe un mundo de eternas contradicciones en el cual socialmente se ha creado una imagen casi mítica del trabajo, se ha generalizado la idea de que el trabajo es el elemento que permite movilidad social, económica y cultural; ésta es una visión ampliamente aceptada y hasta promovida socialmente, al respecto dice Forester: «El trabajo constituye el cimiento de la civilización occidental; el trabajo es considerado nuestro motor natural.»⁴ Es decir, en torno al trabajo los individuos estructuran sus vidas y definen sus tiempos.

En este punto llama nuestra atención y nos sugiere que fijemos nuestra mirada en la posibilidad de que el trabajo humano deje de ser útil para las empresas. Algo que por cierto está pasando en el contexto que a ella le rodea.

Al revisar el caso francés la autora se da cuenta de que se está generando una incongruencia descomunal, esto es, una sociedad que ha sido educada para trabajar; sin embargo, el trabajo humano cada vez es menos necesario, y al respecto dice: «Los empresarios —a los que conceptualiza como “fuerzas vivas”— que se supone crean puestos de trabajo, no obstante en la actualidad por más que se los subvencione, exima de impuestos y colme de mimos con ese fin, no sólo crean pocos o ninguno sino que, a pesar de sus ganancias despiden a troche y moche.»⁵

El desempleo trae aparejado una cantidad enorme de problemas, como por ejemplo el desajuste psicológico entre los individuos que han sido educados con la idea de que el valor máximo es el trabajo y en la realidad se encuentran acorralados ya que como no tienen alternativas para emplearse se ven forzados a seguir dos caminos; por un lado, a emplearse por un salario irrisorio en condiciones de alta flexibilidad; dicho de otra manera, pueden ser despedidos en el momento que dejen de ser funcionales o útiles para las empresas. Y por otro, se encuentran aquéllos que en una situación extrema no pueden obtener empleo y son capaces de violentar el orden público antes que ser considerados marginados, es decir, los sin trabajo.

Forester argumenta que la población que más se encuentra expuesta son los jóvenes, en palabras de la propia autora se diría que se ha creado la expectativa en los jóvenes de que «tienen un destino emocionalmente cargado de esperanzas, muchachos y muchachas empeñados en habitar la única sociedad viable, respetable, legítima que aparece a la vista... Pero es sólo un espejismo, porque aunque es la única sociedad lícita, les está vedada; aunque es la única existente que los rodea, les resulta inaccesible: Estas son las paradojas de una sociedad que se basa en el “trabajo”, es decir, cuando el mercado laboral está menguado y en vías de desaparecer».⁶

Forester de manera implícita hace un llamado a la opinión pública para que reflexione más detenidamente lo anterior, pues de lo contrario se está produciendo toda una generación de desesperanzados, de resentidos que no encuentran cabida en ningún lado. Es conveniente, por lo tanto, que los gobiernos pongan atención en este fenómeno y tomen cartas en el asunto pues aunque parezca una afirmación bastante cursi y utilizada de manera irreflexiva, en realidad los jóvenes son el futuro de las sociedades, los que van a decidir y gobernar a las sociedades del mañana.

³ *Ibid.*, p. 29.

⁴ *Ibid.*, p. 9.

⁵ *Ibid.*, p. 58.

⁶ *Ibid.*, p. 65.

Sería muy costoso dejar el destino de las sociedades en manos de una generación de resentidos. La autora diría al respecto que... [los jóvenes] «se encuentran en un estado de debilidad absoluta, aislados, obligados a conformarse, si no a consentir. Sus reacciones son propias de animales enjaulados, que están vencidos de antemano y lo saben, siquiera por experiencia. No poseen medios, están acorralados en un sistema todo poderoso en el cual no tienen lugar ni tampoco el poder de abandonarlo...»⁷

Por momentos las afirmaciones de la autora pueden parecer reiterativas, sin embargo no son nada ociosas, puesto que clarifican con mayor precisión los problemas que está planteando, es decir, cuando afirma que «los únicos valores que se les inculca oficialmente a los jóvenes son los de la moral cívica vinculada con el trabajo —que dicho sea de paso no pueden aplicar— o los de las mercancías sacralizadas por la publicidad y que ellos no tienen medios para adquirir, al menos legalmente».⁸ Con esta afirmación nuevamente está exponiendo el problema de la incongruencia entre los valores éticos y morales de la época y la realidad a la que se tienen que enfrentar sin recibir las oportunidades para poner en práctica lo internalizado, es decir, se les imponen modelos de vida sin otorgarles los medios para adecuarse a ellos.

Es paradójico —dice la autora— que «ahora que se han liberado de la obligación de trabajar, de la maldición bíblica, ¿no debería conducir lógicamente a vivir de manera más libre la administración del tiempo propio, la aptitud de respirar, de sentirse vivo, de experimentar las emociones sin ser sometido, explotado, dependiente, sin tener que sufrir tanta fatiga? ¿Acaso no se esperaba esa mutación desde el principio de los tiempos y se la consideraba un sueño inaccesible deseable como ningún otro?»⁹

Con las preguntas que nos plantea la autora nos está haciendo una invitación para que reflexionemos en el sentido de que tal vez los valores éticos y morales que tenemos con respecto al trabajo deben de sufrir drásticas transformaciones, de ahí que las soluciones que hasta el momento se les han ocurrido tanto a empresas como a los gobiernos es el reducir las jornadas de trabajo y los días laborables —como actualmente se está viviendo tanto en Francia como en Alemania—, y obviamente con sus consecuentes reducciones en los montos de los salarios, sin embargo, estas salidas son soluciones temporales. Es un modelo que de todas formas mantiene la idea del trabajo como un elemento tanto de movilidad económica como de integración y cohesión social. En realidad lo que debe cambiar es la percepción que socialmente se tiene del trabajo.

Otro problema que la autora aborda es el de la globalización de la economía; se percata de algo que los economistas ortodoxos y ahora, sorprendentemente, también hasta los que no lo son han promovido de manera sistemática la apertura de las fronteras, donde los capitales no tienen nacionalidad: «Un mundo en el cual las transnacionales dominan cada vez más los poderes estatales; lejos de ser controladas por ellos, los controlan y, en suma, conforman una suerte de nación sin territorio ni instituciones de gobierno que rige las instituciones y las políticas de diversos países, con frecuencia por intermedio de importantes organizaciones como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional o la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico».¹⁰

Comentario final

Aunque puede ser reiterativo, es necesario decir que el libro de Forester, por momentos, puede parecerle al lector un trabajo con un contenido demasiado filosófico, pero

⁷ *Ibid.*, p. 69.

⁸ *Ibid.*, p. 71.

⁹ *Ibid.*, p. 124.

¹⁰ *Ibid.*, p. 35.

este mismo hecho nos ofrece la oportunidad de enriquecer nuestra visión sobre ciertos aspectos que desde otros enfoques pueden pasar desapercibidos; en efecto, el lenguaje rebuscado y elegante que la autora utiliza nos presenta otra forma de entender los problemas a los que la sociedad se enfrenta, además nos permite entender los problemas sin los tecnicismos que los economistas han desarrollado para explicar los fenómenos económicos.

Además es una lectura que nos sensibiliza y nos hace una llamada de atención para que reflexionemos en torno a las transformaciones que está experimentando el mundo entero. En ocasiones los fenómenos sociales se van gestando de manera gradual y suceden sin que nos percatemos

de ellos, es decir, quién se podía imaginar que en algún momento el trabajo iba a dejar de ser útil para la generación de riqueza o incluso quién iba a pensar que las empresas seguirían una tendencia muy pronunciada a generar altos niveles de valor agregado con tan pocos trabajadores.

Son cambios que no se ven fácilmente, a menos que se nos pongan las evidencias frente a nosotros, ésa es justamente una de las virtudes de este libro, que nos abre los ojos y nos hace pensar en torno a problemas que requieren una atención urgente tanto de los gobiernos estatales como de organismos de carácter multinacional como son el Banco Mundial o el FMI.

Rigoberto Ramírez López